

GUERRA Y DESHUMANIZACION: UNA PERSPECTIVA PSICOSOCIAL

Joaquín Samayoa

RESUMEN

En algunos casos contados ha prevalecido el principio de humanización en la guerra. Sin embargo, este principio no ha ido más allá de intentar poner límites a las formas más visibles, y grotescas de deshumanización. Lamentablemente, en la guerra han ocurrido también otras formas mucho menos evidentes de deshumanización cuyos efectos sociales serán por mucho tiempo un obstáculo considerable para la convivencia.

En este artículo se aborda el problema de la deshumanización como un obstáculo considerable para lograr una paz justa y estable. Es una primera aproximación fundada en observaciones no controladas y en deducciones teóricas. El trabajo sugiere algunas variables relevantes y plantea su interacción a manera de hipótesis explicativa del fenómeno de deshumanización.

1. Introducción

Muchos y serios esfuerzos se han realizado a fin de comprender el fenómeno de la guerra en El Salvador, así como por vislumbrar caminos conducentes a la paz. Pocas veces, sin embargo, se ha abordado la cuestión de la dimensión psicológica de las ideas políticas o el problema del impacto psicosocial de la guerra.

Si bien no debe perderse de vista en ningún momento que la paz será necesariamente un resultado de la combinación de condicionamientos históricos y voluntades políticas—del mismo modo que lo ha sido la guerra y su continuación—tampoco debe ignorarse que tras las voluntades políticas están no sólo intereses eco-

nómicos objetivamente contrapuestos, e intereses foráneos (mucho menos objetivos, pero no por eso menos determinantes), sino también, en considerable medida, las voluntades sociales y personales. Son personas—hombres, mujeres, niños—quienes deciden, ejecutan, respaldan, resisten, sufren, disfrutan o simplemente toleran lo que se hace y lo que se deja de hacer en el contexto de la guerra. Personas y grupos cuyas percepciones y voluntad no pueden explicarse sin más en función de intereses económicos y de poder. Hombres, cuya humanidad pareciera perderse en el empleo de consignas; hombres cuya humanidad queda violentamente negada

en el concepto de enemigo, denigrada con fines ideológicos en el uso tan común de apelativos como el de bestia o terrorista.

Con alguna frecuencia se ha venido hablando de humanizar la guerra. Las convenciones de Ginebra contienen buena cantidad de provisiones en esa dirección. El gobierno de El Salvador y la representación del FDR-FMLN conversaron sobre ese punto en Ayagualo y posteriormente en el curso de las negociaciones para la liberación de la hija del presidente, los alcaldes y los prisioneros políticos. Aunque sea como resultado de una presión recíproca que ha necesitado ser igualmente intensa en ambas direcciones, el principio de humanización ha podido prevalecer en ése y en algunos otros arreglos previos entre las partes contendientes.

Sin embargo, el principio de humanización así entendido no va más allá de intentar poner límites a las más grotescas y visibles formas de deshumanización. Lamentablemente, durante la guerra han ocurrido también otras formas mucho menos evidentes de deshumanización cuyos efectos sociales serán por mucho tiempo un obstáculo considerable para el entendimiento y la convivencia entre los salvadoreños.

Esto es algo que no debe pasarse por alto a la hora de entender por qué un fin tan deseable como la paz y un medio tan razonable como el diálogo no han podido tener hasta ahora una verdadera oportunidad en El Salvador.

En el presente artículo me propongo abordar el problema de la deshumanización como obstáculo de importancia considerable para el logro de una paz justa y estable en El Salvador. Al introducir el fenómeno de la deshumanización en la discusión del problema de la guerra y de las posibilidades de paz, en modo alguno se está restando importancia a factores como la obsesión de dominación de Estados Unidos, o la defensa obstinada que una minoría salvadoreña hace de sus injustos privilegios. Esos obstáculos al diálogo y a la paz son precisamente tan grandes que con frecuencia nos impiden percatarnos de los obstáculos que ponen y pondrían sectores más amplios de la sociedad salvadoreña, no únicamente por su alienación ideológica, sino también como resultado de su relativa deshumanización. O, si se prefiere verlo de manera positiva, tal vez no nos hayamos percatado suficientemente del potencial que existe y existiría para terminar la guerra y establecer un pacto social realmente operativo, si se avanzara sustancialmente en la línea de la re-humanización de la sociedad salvadoreña.

El camino de la humanización es inmensamente difícil, sobre todo en la medida en que

la deshumanización no es un mero resultado accidental o indeseable de la guerra, sino, a un tiempo, también exigencia de la misma. El ejemplo más claro de ello es la tortura, recurso que ocupa un lugar central en la estrategia de contrainsurgencia y que requiere que el torturador se deshumanice y deshumanice a su víctima. El mismo hecho de matar, que se nos ha vuelto tan cotidiano, es también deshumanizante, aunque sea en combate y por la defensa de una causa que es o se cree justa. Y, de forma más sutil, pero no por eso menos real y pernicioso, también es deshumanizante la dominación ideológica que necesita de sistemáticas mentiras y distorsiones para legitimar ante muchos la defensa de una causa que es de pocos, o bien para legitimar o mantener ignorado el empleo de formas de lucha absolutamente abominables.

Pareciera, entonces, que no tiene caso hablar de humanización mientras continúe la guerra; sin embargo, tal conclusión debe someterse a un examen más detenido. Sin lugar a dudas, una humanización más plena pasa por la terminación de la guerra, pero bien puede ser que para terminar la guerra sea necesario rescatar primero un mínimo de humanismo en la profundamente conflictiva convivencia social de los salvadoreños. Y tal vez ello sea posible en tanto que con la inevitabilidad de la guerra no se asuma también la inevitabilidad de ciertas formas de llevarla a cabo o de reaccionar ante ella. Esto requeriría indudablemente superar la estrechez y el determinismo de ciertos esquemas interpretativos de la realidad social en el contexto de la guerra. Es preciso generar ideas y promover prácticas de comportamiento social que le permitan a la sociedad salvadoreña resistir y eventualmente superar los efectos deshumanizantes de la situación en que ha debido vivir. De otra forma, la posibilidad de cualquier arreglo político se vuelve todavía más inaccesible y, aun en caso de lograrse, vendría a ser como un cheque sin fondos en ausencia de una dinámica social que le diera respaldo y viabilidad.

El hecho, por ejemplo, de que haya sido el FMLN-FDR el que con mayor sinceridad y empeño ha procurado una solución política durante los últimos cinco años, no es meramente atribuible a la sagacidad política de sus dirigentes, ni es tampoco tan sólo una cuestión de cálculo y pragmatismo político-militar, como frecuentemente se quiere hacer creer. Tampoco es casual que de esa parte se haya ido quedando a la orilla del camino y de la historia la gente más dogmática e intransigente, los que quisieron y quisieran hacer de la prolongación de la guerra

El riesgo de la propia vida por una causa justa tiende a potenciar el humanismo que lo hace posible, mientras que la indiferencia ante la suerte de los otros seres humanos tiende a profundizar todavía más la deshumanización.

un fin en sí mismo. A pesar de algunos abusos y desaciertos de su dirigencia, hay indudablemente en las bases del FMLN-FDR un dinamismo humanizador que permea eficazmente sus estructuras de decisión. Si un dinamismo semejante pudiera extenderse a la mayor parte de la población salvadoreña, principalmente a las clases medias urbanas, que bajo el actual ordenamiento tienen o pueden llegar a conquistar una mayor incidencia en la conducción del Estado, las posiciones insensibles e intransigentes de la parte restante irían quedando eficazmente aisladas y el gobierno, como interlocutor formal, se vería más presionado a asumir posiciones genuinamente dialógicas. El diálogo que pueda eventualmente conducir a la finalización de la guerra no debe seguirse viendo como un problema de cúpulas de dirección política y militar; es la sociedad entera la que debe aprender a dialogar y la que debe asumir responsabilidad por cada día que se prolongue la guerra.

2. La hipótesis de deshumanización

El punto de partida de este ensayo es la aceptación de una premisa que consta de dos partes, una de verificación factual y otra valorativa: a) la guerra en El Salvador ha requerido importantes modificaciones en los esquemas cognoscitivos y en los patrones de conducta de una cantidad considerable de salvadoreños, y b) por lo general, tales modificaciones han supuesto el empobrecimiento de atributos y valores específicamente humanos, así como de niveles de civilización en la convivencia social. Lo ideal sería realizar una verificación empírica confiable de la premisa anterior; sin embargo, este trabajo no pretende ser más que una primera aproximación al problema y, como tal, se apoya exclusivamente en observaciones no controladas y en deducciones teóricas. El problema es sumamente complejo y más adelante se señalarán algunas de las dificultades que será necesario resolver a la hora de emprender una investigación empírica. Mientras tanto, la principal contribución que puede hacerse es la de plantear la necesidad de una particular perspectiva de análisis y sugerir los fenómenos y variables de las que habrá que ocuparse.

En el presente trabajo, la noción de deshumanización se restringe y queda reducida al

empobrecimiento de las siguientes capacidades: a) capacidad de pensar lúcidamente, con lo que ello implica de identificación y superación de temores irracionales, prejuicios y todo aquello que imponga desde dentro de las personas una relación predominantemente defensiva con el mundo; b) voluntad y capacidad de comunicarse con veracidad y eficacia, con lo que ello implica de libertad, honestidad, flexibilidad, tolerancia y respeto; c) sensibilidad ante el sufrimiento y sentido solidario, y d) esperanza.

Debe aclararse desde ya que la hipótesis de una deshumanización considerablemente generalizada no excluye la posibilidad del proceso contrario en un conjunto más reducido de personas. Que el resultado haya sido uno u otro depende de la combinación de diversos factores personales, situacionales y circunstanciales. Entre los más duramente golpeados por la guerra, por ejemplo, existen abundantes casos en los que no sólo no se observa deshumanización, sino que es patente la elevación de su capacidad de entendimiento, su disponibilidad para el sacrificio generoso, su esperanza, su voluntad de afirmar esa identidad humana que durante tanto tiempo les ha sido tan violentamente disputada al negárseles los más elementales derechos que de ella derivan. La deshumanización a que estoy refiriéndome no ha ocurrido, obviamente, con la misma intensidad en todos los sectores sociales. Es imposible hacer afirmaciones puntuales y concluyentes en este sentido sin haber realizado una investigación empírica del problema, pero puede asumirse —además de las diferencias individuales y proyecciones grupales— que son enteramente distintos los condicionamientos a que han sido sometidos los diversos sectores de la población salvadoreña. Entre Guazapa y la Zona Rosa cabe toda suerte de importantes distinciones, como las hay en lo que cada colectividad se juega en la guerra y en el grado y formas de compromiso personal en la misma. Sin pretender conjugar toda la diversidad de factores relevantes, cabe la hipótesis, por ejemplo, que el riesgo de la propia vida por una causa justa tiende a potenciar el humanismo que lo hace posible; mientras que la indiferencia ante la suerte de otros seres humanos tiende a profundizar todavía más la deshumanización que la explica. Hay también fundamento para pensar, por ejemplo, que el estar expuesto continuamente y

de manera unilateral a una propaganda política y a una información filtrada, articulada e interpretada ideológicamente, es inmensamente deshumanizante cuando no se puede o no se quiere tener otra forma de acceso a las realidades de la guerra.

2.1. El correlato psicosocial de la guerra

Para comprender mejor el fenómeno de deshumanización que nos preocupa, es necesario ahondar en el contenido y en el dinamismo del correlato psicosocial de la guerra, es decir, en la forma como las personas y los grupos vivencian la guerra. Esta noción comprende procesos mentales y emocionales desencadenados, en los niveles más primarios, por imperiosas necesidades de adaptación ante una situación objetiva de crisis profunda en la cual se ve seriamente amenazado algo que es o se considera vital. En decenas de miles de casos se trata de la misma vida; en muchísimos otros, de un estilo de vida y de los valores que lo legitiman y sustentan. En ambas situaciones se presenta una angustiosa sensación de inseguridad y de pérdida o de una considerable disminución del control sobre el destino, aun cuando en virtud de elaboraciones racionales (éticas, políticas, religiosas) se crea que el riesgo (sobre todo cuando resulta de una opción) es precisamente una condición de posibilidad para conquistar un control que nunca antes se ha tenido sobre el propio destino, o, según sea el caso, para preservar la capacidad de control que siempre se ha tenido. No hay que perder de vista el hecho de que toda guerra es, en última instancia, un asunto de vida o muerte, aunque no lo sea con la misma inmediatez y formas de concreción a cada momento y para cada uno de los afectados.

Pero el jugarse la vida —o la buena vida— es sólo el fundamento del correlato psicosocial de la guerra. En un segundo nivel (no necesariamente posterior en sentido cronológico), el correlato psicológico se configura en torno a la existencia o carencia de propósitos. De parte de quienes dirigen la guerra en sus diversas modalidades, el propósito predominante es político y está indudablemente vinculado a intereses económicos de clase que se contraponen en el plano de la realidad objetiva. De parte de quienes participan sistemática o esporádicamente desde posiciones de subordinación, el propósito predominante puede también ser político, con el mismo grado de lucidez y convicción que en el caso de los dirigentes, pero es, en no pocos casos, muy de otra índole: defensa de la propia vida; venganza por daños severos contra la vida, dignidad y posesiones

propias o de seres queridos; necesidad de un salario para la mínima subsistencia material; deseo de conseguir ventaja económica fácil en medio de una situación moral, económica y jurídicamente caótica, etc. Finalmente, abundan también quienes meramente padecen la guerra sin propósito alguno. Conviene aclarar que los propósitos son en algunos casos la razón de la conducta bélica, mientras que en muchos otros son tan sólo un recurso adaptativo ante una situación impuesta. El punto que aquí interesa destacar es que este ámbito de la intencionalidad determina importantes diferenciaciones (frecuentemente ignoradas por diversas formas de reduccionismo) en ese conjunto de fenómenos mentales y emocionales que hemos dado en llamar "correlato psicosocial de la guerra."

Mantener el sentido de una opción que se vuelve cada vez más costosa y desgastante, o bien derivar algún sentido de una situación objetivamente costosa, pero percibida como impuesta, se ha convertido para los salvadoreños en tarea de vital importancia desde el punto de vista psicológico. La realización de este esfuerzo adaptativo es, a mi juicio, un fenómeno que no puede ser ignorado si se quiere entender a cabalidad el comportamiento de los salvadoreños. No se trata —debo insistir— de superponer "lo psicológico" a otros ámbitos de la realidad, sino de encontrar una explicación más completa y consistente a la diversidad de respuestas adaptativas que observamos, empezando por las valoraciones sobre las cuales la gente justifica sus diversas acciones o su pasividad.

En el contexto de la guerra, la búsqueda o mantenimiento de un propósito supone la convergencia de lo psicológico, lo ideológico y lo político. En otras palabras, el problema del sentido implica necesariamente una múltiple referencia a la guerra como realidad dominante e ineludible. El problema se plantea y se intenta resolver (consciente o inconscientemente) desde una condición básica de inseguridad y angustia, mediante un esfuerzo cognoscitivo-valorativo constreñido por limitaciones significativas de acceso a información completa y objetiva, así como por predisposiciones grupales (ideológicas) para seleccionar, articular e interpretar de determinada manera los datos disponibles. Tal esfuerzo por conocer la realidad para ubicarse y actuar justificadamente dentro de ella, se ve también condicionado por el impacto afectivo de experiencias personales (reales, temidas o deseadas) en las que la persona actúa como sujeto o meramente padece lo actuado por otros. Si nos fuera dado auscultar la complejidad de los determinantes de las ideas y del comportamiento político, encontraríamos

que están hechos de un material experiencial bastante más ambivalente, débil y confuso de lo que en muchos casos puede inferirse a simple vista cuando observamos la vehemencia (violencia) y rigidez con que se defienden. La negativa al diálogo de parte de algunos sectores, por ejemplo, es un claro síntoma de profunda inseguridad, un miedo insuperable a ver desnuda la sinrazón de las razones. Ya que el problema —al igual que las posibilidades de una solución que no sea predominantemente militar— suele plantearse en la dimensión de las ideas, no debe ignorarse el hecho de que las razones bien pueden verse ahogadas en todo un mar de racionalizaciones, y el impulso creador verse aprisionado por una legión de fantasmas que han sido dotados, en perjuicio de todos los salvadoreños, de un carácter de realidad objetiva que no les corresponde.

Por otra parte, el ámbito del sentido es también el punto de convergencia entre lo colectivo y lo individual. Esto es siempre así, pero lo es con mayor perentoriedad en una situación de crisis tan profunda como es la guerra de El Salvador. La necesidad de "pertenencia" a un grupo (pertenencia real o simplemente identificación con sus metas, prácticas y valores) adquiere todavía una mayor preeminencia como prin-

cipio organizador de las ideas y de la conducta. Sin embargo, las mismas circunstancias que presionan por una satisfacción de las necesidades de pertenencia hacen de ésta algo especialmente riesgoso y problemático. Así, la psicología social del salvadoreño se vuelve enormemente compleja, y cualquier equilibrio, a nivel personal o grupal, tiende a ser sumamente precario.

Que la vida se haya vuelto algo tan impredecible; que la pertenencia sea una meta tan conflictiva (por las necesidades que resuelve y por los problemas que acarrea); que las acciones propias y ajenas (por la gravedad de sus consecuencias) se vean tan necesitadas de aceptación o rechazo "justificado;" que el conocimiento y la valoración de los acontecimientos de interés nacional ocurran de manera tan restringida y desfigurada; que el sufrimiento sea tan grande y la sensación de impotencia tan devastadora; son todos factores que se combinan en mayor o menor medida configurando una condición global de considerable precariedad.

Es precisamente esa precariedad del equilibrio personal y social (a diversos niveles) la que ha ido volviendo al hombre salvadoreño cada vez más vulnerable a la deshumanización. De vulnerable a víctima —como ya se ha indica-



La precariedad del equilibrio personal y social ha ido volviendo al hombre salvadoreño cada vez más vulnerable a la deshumanización.

do— hay un trecho que afortunadamente no siempre se ha completado, y seguramente no faltan casos en que la crisis personal y social ha sido debidamente asumida y, en vez de respuestas adaptativas fáciles y deshumanizantes, ha generado procesos muy enriquecedores de auto-conciencia y potenciación de los recursos personales y sociales existentes. Este último resultado parece ser, sin embargo, el menos frecuente, por lo que únicamente se tendrá en cuenta en este trabajo como punto de referencia en la visualización de lo que es deseable y posible para la mayoría del conglomerado social salvadoreño.

Es sumamente difícil y sería bastante engañoso hacer afirmaciones generales acerca de la forma como los diversos grupos y personas enfrentan su concreta situación de precariedad. La complejidad de los elementos que entran en juego es tal que sería bastante problemático elaborar categorías psico-sociales que integran criterios políticos y socioeconómicos, pero sin limitarse a ellos. Dada la perspectiva que estamos adoptando, probablemente haya más semejanzas que diferencias entre personas y grupos que, vistos o "constituidos" desde otras perspectivas, son inmensamente diferentes y se encuentran "irreconciliablemente" enfrentados. Si, por poner un caso, estamos interesados en comprender el fenómeno de la rigidez político-ideológica, no llegaríamos demasiado lejos atendiendo sólo a variables como la ubicación de las personas en la estructura económica o el signo ideológico de las organizaciones con las cuales se identifican. Aunque, siguiendo con este ejemplo, se han ido manifestando importantes diferencias en el comportamiento global objetivo de las organizaciones políticas y político-militares, la mayor flexibilidad que ha mostrado el FMLN-FDR es sólo en parte atribuible a las características de su propia ideología (que articula una visión más objetiva de la realidad), y no puede predicarse en igual forma de todos sus adeptos en todo momento. La rigidez político-ideológica es un rasgo observable en personas de diversos sectores sociales y filiaciones políticas, por lo que esos criterios deben trascenderse para lograr una adecuada comprensión del fenómeno.

La pretensión de comprender el manejo de la precariedad personal y social en medio de una guerra plantea importantes problemas metodo-

lógicos. En primer lugar, el foco de atención debe desplazarse continuamente y en ambos sentidos entre las realidades individuales y sociales, que su área de intersección, aun cuando pudiera asumirse un notable grado de éxito en los procesos generales de socialización (y particularmente en los de socialización política), ha debido ser considerablemente afectada por una situación tan anómala y determinante como la guerra. Baste atender al hecho generalizado de la polarización política en el seno mismo de las familias para caer en la cuenta de que no puede aceptarse sin más una supuesta homogenización por clases o grupos sociales de los esquemas cognoscitivo-interpretativos y de los patrones comportamentales. Este problema se hace aún más complejo si tenemos en cuenta que la guerra no es la misma guerra ni siquiera para todos los que constituyen una misma de las partes contendientes. Las vivencias, por ejemplo, del activista político que se mueve en los gremios son muy diferentes a las del guerrillero urbano, y las de éste difieren considerablemente de las del combatiente de una unidad regular del FMLN. Así, a las determinaciones que les vienen dadas por ser obreros, campesinos o maestros, se sobreponen las de sus concretos lugares y formas de lucha (con una mayor o menor cuota de privación y riesgo, mayor o menor grado de aislamiento del contacto reforzante con sus compañeros, mayor o menor acceso a información que refuerce la idea de la viabilidad y sentido de la lucha, etc.). En medio de la guerra, "lo social" pierde mucho de la nitidez que puede llegar a presentar en situaciones más estables, y el análisis psico-social se ubica necesariamente entre dos riesgos igualmente considerables: el de las afirmaciones generales injustificadas, por un lado, y el de la referencia a incontables micro-grupos determinados conjuntamente por una cantidad excesiva de variables relevantes, por otro.

En segundo lugar, el entendimiento del manejo de la hipotética condición de precariedad, exige la identificación de los factores estructurales, situacionales y circunstanciales que estarían interactuando para determinar las alternativas y la selección de patrones cognoscitivo-valorativos y comportamentales. Esta es una tarea que debe abordarse inicialmente sobre bases teóricas e intuitivas, pero que sólo podría completarse con el auxilio de la investi-

gación empírica, la cual resulta sumamente problemática por la naturaleza del fenómeno, por las restricciones que impone la guerra y por algunas de las mismas actitudes y comportamientos que querríamos verificar y comprender mejor. En cuanto a estos escollos, el presente trabajo no puede ir más allá de sugerir algunas de las variables relevantes y plantear su interacción a manera de hipótesis explicativa del fenómeno de deshumanización que nos ocupa.

Resumiendo, en esta parte introductoria se ha postulado lo siguiente. Primero, que la guerra es la realidad más determinante de algunos de los aspectos más significativos de la conducta de los salvadoreños. Segundo, que es preciso tener una idea clara de los efectos psico-sociales de la guerra, si se quiere realmente avanzar en la consecución de una paz genuina y duradera. Tercero, que las ideas, actitudes y comportamientos de los salvadoreños frente a la guerra están multideterminados por sus predisposiciones ideológicas e intereses económicos de clase, a la vez que por un conjunto de circunstancias propias de la situación de guerra, así como por experiencias personales y grupales vivenciadas como realidad o fantasía en el marco de tal situación. Cuarto, que en medio de la situación de guerra el equilibrio personal y social es necesariamente precario, y las personas y grupos tienden a superar o compensar esa precariedad seleccionando pautas de conducta más o menos deshumanizantes entre una gama bastante restringida de posibilidades. Resta, ahora, identificar más específicamente tales formas de conducta y proponer una explicación acerca de los mecanismos personales y sociales que las originan y mantienen.

3. Patrones aberrantes de pensamiento y conducta

Con las salvedades hechas acerca de la variabilidad multideterminada de los patrones adaptativos deshumanizantes, se puede proceder a identificarlos y discutirlos. Algunos de ellos tienen que ver con la percepción misma de la realidad, otros constituyen formas de pensamiento y valoración, otros deben verse como predisposiciones más o menos consistentes a actuar de determinada manera (actitudes), y otros son propiamente patrones de conducta objetiva. En considerable medida las distinciones son analíticas y didácticas, pues, en realidad, cada uno de estos patrones es parte de un proceso, por lo general bastante coherente, y algunos o todos ellos tienden a sustentarse y reforzarse entre sí. No se trata de formas particularmente extrañas de conducta, ni es el caso

(exceptuada la destructividad) que algunas de ellas —consideradas aisladamente— sean especialmente aberrantes. El problema existe cuando se articulan y se consolidan constituyéndose en forma predominante —si no exclusiva— de situarse en la realidad. Desde el punto de vista social, lo problemático estriba en el grado de generalización de estos patrones a cantidades considerables de individuos, especialmente cuando éstos tienen poder —de derecho o de hecho— para afectar gravemente el destino de toda la sociedad. En realidad, aunque he escogido el término "deshumanización" para referirme a la globalidad del fenómeno, es posible que estemos ante un problema serio de patología social.

Los siguientes son los patrones de percepción, pensamiento y conducta que configuran el fenómeno que nos ocupa. En primer lugar, *desatención selectiva y aferramiento a prejuicios*. Los prejuicios son representaciones distorsionadas de la realidad que se constituyen con anterioridad a la experiencia o por generalización injustificada de experiencias muy particulares, y restringen considerablemente la amplitud y el significado de toda experiencia ulterior en relación a un determinado objeto de la realidad. Los prejuicios cumplen una función defensiva contra temores inconscientes, y reflejan la incapacidad mental y/o emocional de lidiar con las complejidades y contradicciones de la realidad o con aquello que amenace una visión del mundo y unos valores que han sido asimilados como absolutos e inmutables. Una vez instalados, los prejuicios funcionan como verdaderos filtros en la percepción de la realidad, de forma que las personas tienden a ignorar o distorsionar todo aquello que no encaja en sus esquemas mentales preconcebidos. De esa manera, los prejuicios se van reforzando a sí mismos y tienden a dominar la percepción; el pensamiento, las actitudes, la conducta y, consiguientemente, la convivencia social.

En prejuicio racial, por ejemplo, supone la adopción de una posición inmutable e injustificada en la controversia naturaleza-ambiente. El resultado es una conveniente negación de la incidencia de factores económicos y sociales en lo que es o se considera (a veces a causa del mismo prejuicio) inferior o indeseable, así como la negativa a registrar y analizar evidencias contrarias a la tesis de superioridad de una determinada raza. Lo mismo ocurre con los prejuicios sociales y políticos, y ocurre de manera mucho más determinante en situaciones de crisis como la que vive El Salvador. Para alguien que tiene un prejuicio negativo acerca del FMLN-FDR, por ejemplo, nada que hagan o de-

jen de hacer estos frentes podrá cambiar ese juicio; bien porque la persona en cuestión tenderá a no darse cuenta de los datos que exigirían una modificación de su juicio, bien porque les dará una interpretación consistente con el prejuicio. Así, las propuestas de arreglo político son vistas como signos de debilidad o meros golpes propagandísticos de parte de un sujeto político que, de acuerdo al prejuicio, es entemente incapaz de pensar bien y obrar rectamente. Lo mismo vale para los prejuicios favorables.

Es importante notar que, para quienes han estado comprometidos en acciones que de otra forma serían valoradas como enteramente inmorales, los prejuicios desempeñan una función justificativa de tales acciones. Quienes han ejecutado, ordenado o encubierto torturas y asesinatos "necesitan" mantener los prejuicios que degradan a sus víctimas, ya que de otra forma los sentimientos de culpa resultarían insostenibles. Algo similar ocurre con quienes delatan o difaman a otras personas y con quienes por temor o debilidad traicionan su causa y a sus compañeros. Menos intensa, pero siempre real, es la necesidad de aferrarse a prejuicios de parte de quienes prefieren evadir su responsabilidad e intentar situarse al margen del conflicto.

Por limitaciones de espacio no es posible ahondar aquí sobre los factores y circunstancias que propician la formación de prejuicios. Lo que interesa destacar es que en El Salvador el que unos tengan un prejuicio frecuentemente significa que otros "deben" morir o abstenerse totalmente de expresar sus puntos de vista o de actuar conforme a sus convicciones. Y, lamentablemente, el aferramiento a prejuicios negativos es patente en todo momento y lugar.

Absolutización, idealización y rigidez ideológica. También vinculado a la dificultad de aprehender complejidades y de aceptar lo relativamente "malo" que hay en toda opción política, está el patrón de rigidez ideológica, el cual se nutre de la absolutización de valores y esquemas interpretativos, así como de la idealización de personas, organizaciones y esquemas de acción. Este patrón se observa con mayor frecuencia en quienes han asumido un alto grado de compromiso con una determinada organización o planteamiento político-militar, sea de izquierda o de derecha, y tiende a ser más dominante cuanto más débil es la racionalidad ética y política que se está defendiendo, o cuanto mayor es la ignorancia que se tiene acerca de esa racionalidad.

La rigidez ocurre siempre como defensa contra inseguridades y temores; resulta de la in-

capacidad de aceptar o mostrar deficiencias, debilidades y errores. En algunos casos responde a presiones materiales e ideológicas para pensar y actuar de manera diferente, mientras que en otros casos responde a presiones subjetivas para mostrar que se es suficientemente "radical" y digno de confianza en lo que a ideas políticas se refiere. Independientemente del origen de la rigidez y su signo ideológico, el resultado es una creciente incapacidad para comunicarse con quienes piensan diferente (fuera o dentro de la propia organización), el falseamiento de los compromisos políticos, y el recurso al autoritarismo y la violencia.

Escepticismo evasivo. Los comienzos de 1981 fueron un tiempo de optimismos injustificados. Cuando el FMLN-FDR lanzó su ofensiva general, hubo quienes estimaron que unos 3 meses bastarían para doblegar al régimen. Por su parte, el gobierno de Reagan decidió trazar en El Salvador la línea de contención contra "el comunismo internacional," estimando que en poco tiempo sería posible derrotar a la guerrilla. Han pasado ya 6 años y el problema de El Salvador ha probado ser sumamente difícil de resolver. Hay quienes han asumido una posición realista, pero no todo lo que parece realismo lo es. También hay quienes —demasiados— tienen una postura que es realista sólo en apariencia. Es una postura profundamente escéptica que no resulta de un análisis lúcido de la realidad salvadoreña, sino de un aferramiento a prejuicios que tienden a situar las posibilidades de solución en fuerzas que escapan enteramente al control de los salvadoreños, o bien tienden a invalidar por igual las razones y a menospreciar por igual la capacidad de las partes contendientes.

Sin restar validez a algunos de los argumentos con que suele justificarse el escepticismo, éste es, en muchísimos casos, una respuesta evasiva por parte de quienes no han intentado siquiera asumir el problema y los costos de un compromiso ético o político, o por parte de quienes, habiéndolo intentado, han fracasado. El escepticismo evasivo sería solamente una falta de omisión si consigo no trajera un conjunto de actitudes consistentes con la valoración escéptica; entre ellas, la insensibilidad ante el sufrimiento, el negativismo (y la necesidad de contagiarlo), el oportunismo, la acentuación del individualismo y la corrupción. La crisis profunda de los valores morales, que se está volviendo un mal endémico entre las capas medias de la sociedad salvadoreña, está muy vinculada a esta actitud de escepticismo.

Defensa paranoide. En una guerra como la de El Salvador, abundan las situaciones objeti-



vamente amenazantes y es también demasiado grande la confusión y la incertidumbre como para distinguir fácilmente la manera y medida en que algo es realmente una amenaza. Esta circunstancia externa, unida a determinados factores de personalidad, es un excelente caldo de cultivo para conductas de tipo paranoide, las cuales suponen siempre un alto grado de distorsión de la realidad objetiva. Los delirios de grandeza, que todos hemos visto encarnados en más de una figura pública, y la creencia en supuestas confabulaciones (como la del comunismo internacional proveniente de la Unión Soviética vía Cuba y Nicaragua) son manifestaciones de niveles paranoicos avanzados. Lo que aquí interesa destacar, sin embargo, es un fenómeno tal vez menos intenso, pero ciertamente más generalizado —particularmente entre las clases medias— de "defensa paranoide," término con el que se hace referencia a una actitud de marcada desconfianza que, en determinadas circunstancias, se traduce en agresividad sin que existan factores objetivos que la expliquen. Dicha actitud está asociada con representaciones mentales creadas y mantenidas mediante los aparatos dominantes de información y propaganda. Este fenómeno será abordado con mayor amplitud más adelante en este ensayo.

Odio y deseos de venganza. Finalmente, la disminución de la calidad humana también ocurre como resultado del agotamiento en quienes con mucha sensibilidad y honestidad se han entregado, desde distintas posiciones y no necesariamente afiliados a una determinada orga-

nización política, a buscar una genuina solución al problema de la guerra. Son personas que se han mantenido en contacto con el sufrimiento ocasionado por la guerra, con los pobres, con los que siempre son más duramente golpeados. Son personas que han asumido toda clase de riesgos y privaciones, concediéndose escaso si es que algún tiempo de descanso en todos estos años. Pero el cansancio y las tensiones acumuladas, que en muchos casos vienen a sumarse a experiencias traumáticas de persecución, tortura, muerte violenta de seres queridos, acoso de bombas, etc., van dejando sus huellas y hacen casi inevitable el endurecimiento y el deseo de venganza. Por algo se afirma que la revolución sólo puede hacerse por amor, pero, al fin de cuentas, no puede hacerse sin odio. En muchas situaciones, el odio es quizás la respuesta más genuinamente humana; paradójicamente, es también uno de los sentimientos más deshumanizantes.

3.1. La construcción de las representaciones mentales

A fin de ampliar la explicación sobre cómo se inducen ciertos patrones de pensamiento y conducta, abordaré en este apartado el caso particular de las representaciones mentales del enemigo, es decir, la manera como la gente, por lo general, da contenidos específicos al concepto de enemigo. Similares procesos explican la formación y conservación de la mayor parte de las ideas relacionadas con la situación de guerra.

En toda guerra, "el enemigo" es la referencia más fundamental. Todo el esfuerzo de la guerra está directa o indirectamente orientado a derrotar al enemigo, a aniquilarlo, si ello fuera necesario para derrotarlo. Sin embargo, la noción de enemigo amerita un examen detenido en el caso de las guerras revolucionarias, en las cuales el enemigo no es sólo militar ni puede identificarse siempre por los colores de su uniforme. En tales situaciones, una considerable parte del esfuerzo ideativo de la sociedad, inducido por los grupos que pugnan por el poder, tiene que ver con la creación y mantenimiento de definiciones que permitan identificar al enemigo, a la vez que justifiquen y promuevan determinadas formas de agresión contra él. Quién es enemigo para quién y de qué manera lo es, son preguntas cuya respuesta frecuentemente tiene menos que ver con realidades objetivas que con construcciones mentales deliberadamente inducidas a punto de manipulaciones de la realidad.

Para la comunidad campesina sometida al infierno de los bombardeos aéreos y de arti-

llería, resulta enteramente evidente quién es su enemigo. En niveles mucho más primarios y determinantes que el de la ideología, hay un daño concreto y contundente que les está haciendo un sujeto claramente identificable, y de poco valen los esfuerzos que dicho sujeto haga para congraciarse o hacer aparecer a otros como el verdadero enemigo. Este sería un caso en el cual las definiciones ideológicas tienen escaso valor práctico, ya que, a pesar de conservar su eficacia para distorsionar o encubrir otros elementos de la realidad, nada pueden hacer para alterar la conciencia que las víctimas tienen precisamente de los hechos mediante los cuales el enemigo se les está manifestando como tal. Otro problema diferente es que esos campesinos atinen a descubrir por qué se les ataca y a identificar a otros enemigos mucho menos visibles. En esos niveles de entendimiento, las visiones ideológicamente sí tienen un peso considerable, como lo tienen indudablemente en situaciones más ambiguas, que son las que más interesan en este trabajo. En virtud de tales visiones, el campesino puede llegar a ver más allá del soldado que lo agrede y "saber" que existe también y primero un "enemigo de clase" que no es una ni otra persona en particular. Del mismo modo, el propietario o el conductor de un autobús incendiado por la guerrilla puede llegar a trascender ese dato concreto de agresión y "saber" que, a pesar de que algunas de sus acciones le perjudican, los guerrilleros no son necesariamente sus enemigos.

En la medida en que existen situaciones ambiguas (bien sea porque la experiencia directa es insuficiente, bien porque conjuga elementos real o aparentemente contradictorios), el reconocimiento del enemigo se vuelve más y más un fenómeno de interpretación y valoración que tiende a ser consistente con visiones ideológicas más globales de la realidad. Pero, antes de ahondar en los procesos de construcción y mantenimiento de las ideas e imágenes acerca del enemigo, debe abordarse la cuestión de su necesidad como mera construcción mental. Con esto no nos estamos preguntando por aquellos a quienes el enemigo se les ha impuesto como realidad ineludible mediante una praxis concreta de agresión.

El caso más claro de lo anterior es el de las clases medias en su conjunto, específicamente el de quienes no están "comprometidos" en la

guerra participando conscientemente en actividades directamente relacionadas con ella, o, *a posteriori*, el de quienes decidieron tomar parte en la guerra luego de hacerse de un enemigo que no necesariamente era tal en el plano de la realidad objetiva. Más concretamente, se trata del caso de los sectores medios que no han hecho una opción propiamente política en el marco de la lucha de clases. En estos sectores se observa una amplia gama actitudinal que va desde el escepticismo y la desconfianza hasta la identificación más o menos firme y entusiasta con las metas y planteamientos de alguna de las partes contendientes. En general, parece válido afirmar que la actitud básica de estos sectores es evasiva, con un componente cognoscitivo caracterizado por la confusión y un componente emocional de ambivalencia. En la medida en que esta caracterización es adecuada, cabe plantear hipotéticamente la existencia de un sustrato psicológico que vuelve a estas personas particularmente vulnerables a la manipulación ideológica. El no comprometerse (la respuesta evasiva) los libra indudablemente de una gran cantidad de riesgos y dificultades, pero al precio de tener que mantener un incómodo estado interior (mental y emocional) de ambigüedad, y de tener que estar haciendo continuamente los ajustes necesarios para resolver su "disonancia cognoscitiva." En el momento y medida en que este estado de ambigüedad se vuelve demasiado difícil de tolerar (debido a factores de personalidad y a presiones de ciertas interacciones sociales ineludibles), reconocer a un enemigo (que siempre es más fácil que afirmarse en referencia a un aliado o amigo en el contexto de una situación confusa se vuelve una necesidad que abre flancos a la manipulación ideológica.

Las partes contendientes conocen o intuyen esta condición de vulnerabilidad que afecta a sectores amplios de la población, sin excluir enteramente a las clases trabajadoras urbanas ni a los habitantes de zonas rurales donde la guerra no se ha hecho sentir con la misma intensidad que en otros escenarios de mayor importancia estratégica. La ambivalencia y la confusión suelen ser explotadas mediante el trabajo de la propaganda, uno de cuyos objetivos es el de disipar confusiones de la manera más rápida y simple posible, a fin de ganar nuevos adeptos entre la población vacilante. En toda guerra la propaganda es crucial, y toda propaganda es

En El Salvador el que unos tengan un prejuicio frecuentemente significa que otros "deben" morir o abstenerse totalmente de expresar sus puntos de vista o de actuar conforme sus convicciones.

parcial por definición. Por lo que toca al enemigo, queda completamente fuera de lugar reconocerle atributos positivos. El enemigo es invariablemente representado como absoluta negatividad: insensible, cruel, irracional, mal intencionado, falaz; en una palabra, inhumano. En el caso de las guerras revolucionarias, el perfil del enemigo se completa con atributos que "exponen" su presunta oposición a valores abstractos de la cultura política dominante: enemigo de la democracia, vendepatria, comunista o pro-imperialista. Y es, por supuesto, el enemigo y sólo el enemigo el responsable de que haya guerra y de todas las calamidades que de ella derivan. El blanco o negro, con todo lo que ello implica de simplificación y desfiguración de personas, grupos y planteamientos políticos, cumple la función de "ayudar" a las personas a superar sus ambivalencias de manera conveniente a los intereses de quienes generan e imponen ese tipo de representaciones mentales.

Pero no es la propaganda que se presenta formalmente como tal la que aquí más interesa. La eficacia en la construcción social de las definiciones relativas a la guerra no se asienta sólo ni principalmente en discursos, panfletos y campos pagados. Es lo que pasa por información y educación, con su apariencia de objetividad e imparcialidad, lo que más cuenta en el intento de forjar una determinada visión de la realidad. Por ello es realmente preocupante que en El Salvador la propaganda haya sido oficialmente elevada al rango de información y se le imponga al pueblo como forma de cultura. Si bien la propaganda de la izquierda incurre también en distorsiones, es la propaganda del gobierno y de los sectores económicos dominantes la que más interesa por la magnitud de los efectos sociales que derivan de su virtual monopolio.



En El Salvador, la mayor parte de los recursos de que dispone la sociedad para percibirse y comprenderse a sí misma han sido puestos deliberada y sistemáticamente en función de la creación de imágenes mentales que socavan toda posibilidad de convivencia social respetuosa y armónica. Una de las formas más perniciosas de socavar la convivencia social resulta del respaldo encubierto que los medios dominantes de difusión dan a la estrategia de guerra del gobierno mediante la proyección de imágenes del enemigo. La estrategia de contrainsurgencia se apoya en dos pilares: el trabajo de "inteligencia" y la intimidación de la población sin cuyo apoyo la guerrilla no podría siquiera subsistir. Ambos aspectos de la estrategia apuntan a sectores bien amplios de la población, a todos aquellos que no están clara y firmemente opuestos al proyecto revolucionario. Toda esta gentes tratada como enemiga. En el mejor de los casos, se trata como enemigos potencialmente útiles y redimibles (en tanto pueden brindar alguna información o abandonar sus lealtades a la causa revolucionaria), pero; al fin de cuentas, se les ve como enemigos. Así, las imágenes mentales que "corresponden" al enemigo —creadas y mantenidas por los aparatos de propaganda dominantes— llegan a "representar" no sólo al verdadero militante revolucionario, sino a cualquiera y a todos dentro de los sectores "críticos" de la sociedad. En la medida en que estas representaciones se imponen como mediación de la experiencia interpersonal e intergrupala, la convivencia social se ve marcada por características negativas que van desde la desconfianza hasta el absoluto irrespeto y la agresión, pasando casi siempre por una u otra forma de ocultamiento de las ideas y sentimientos.

El sustantivo "terrorista" con que invariablemente el gobierno y la prensa se refieren a personas real o presuntamente vinculadas a los frentes de oposición, es un ejemplo revelador. Habiendo palabras mucho más limpias como "insurgente" o "rebelde," se escoge una que está asociada con acciones claramente censurables realizadas por otras personas en otros contextos. La palabra "terrorista," usada sistemáticamente, construye y mantiene una imagen mental de los militares revolucionarios y de sus simpatizantes como gente cuyo único o principal propósito es el de aterrorizar a la población, gente totalmente insensible e inescrupulosa que no tiene la menor consideración por la vida y los derechos del ciudadano común, etc. Esta imagen oculta la realidad de una guerrilla que consistentemente ha respetado los derechos de los prisioneros de guerra, ha protegido a la población civil de las zonas rurales aun a costa de

Es realmente preocupante que en El Salvador la propaganda haya sido oficialmente elevada a rango de información y se imponga al pueblo como forma de cultura.

considerables riesgos militares, y ha evitado en lo posible sacrificar vidas inocentes en sus operativos (en la Zona Rosa habría sido mucho más fácil para el FMLN colocar una bomba que entrar a disparar a un blanco específico). Con la imagen mental que suscita la palabra "terrorista," va implícita la justificación de ciertas acciones y posiciones frente a las personas y grupos así representados: a un terrorista se le debe matar sin mayores consideraciones, pues actúa de igual manera; las propuestas políticas y sociales de los terroristas no deben ser escuchadas, pues son siempre y en su totalidad un engaño, etc.

No sólo es deshumanizante la propaganda en cuanto despoja artificiosamente de sus atributos humanos a grandes cantidades de salvadoreños (y consiguientemente promueve un trato inhumano), sino también en cuanto ha ido limitando la capacidad personal y social de juzgar y actuar racionalmente y de asumir responsabilidades en la búsqueda de una solución civilizada al conflicto. La marcada contradicción entre los intereses nacionales y los norteamericanos, sumada al profundo conflicto interno de intereses económicos y políticos, hacen de por sí sumamente difícil terminar la guerra y resolver los problemas de El Salvador; pero la consecución de esta meta se ve aún más comprometida cuando importantes sectores de la sociedad han aceptado sacrificar sus potencialidades y se han adaptado a la situación de guerra con los patrones de conducta neurótica que les han sido inducidos. Al trauma real experimentado por tantísima víctima de persecución, asesinato y tortura, viene a sumarse el pernicioso efecto que en otro tipo de víctimas ha tenido una visión de la realidad que tiende a situar a quienes la acogen en una lastimosa disyuntiva entre la evasión y la paranoia, entre la pasividad y la agresividad irracional, entre la ambivalencia paralizante y la rigidez dogmática.

4. El reto de la educación

La condición de precariedad del equilibrio personal y social no puede modificarse sustancialmente mientras continúe la situación que la origina. Sin embargo, existe la posibilidad de alcanzar un mejor entendimiento de las realidades objetivas y de la forma como éstas condicionan nuestro comportamiento al encajar con

los particulares condicionamientos subjetivos personales y grupales. Existe también la posibilidad de descubrir y aprender formas diferentes —menos desgastantes y más constructivas para la persona y para la sociedad— de situarse y actuar en el contexto de la guerra. Debe señalarse, no obstante, que tanto el entendimiento adecuado de la situación objetiva y subjetiva, como el examen de las alternativas de solución, exigen un esfuerzo serio y creativo de educación que no ha sido realizado hasta la fecha. Por el contrario, los salvadoreños han estado expuestos a un discurso político analíticamente pobre e intencionalmente engañoso, así como a una información periodística que oculta datos, abusa del lenguaje connotativo y asigna a los eventos una importancia relativa que en nada corresponde a su peso real en la vida del país. Todo eso es inmensamente deseducativo, como lo es una "educación" formal que ignora la guerra como problema dominante y niega la posibilidad de conocer y analizar críticamente las acciones, pretensiones y propuestas de todos los sectores que pugnan por el poder del Estado.

Ante la virtual imposibilidad de que sector o grupo alguno pueda imponer una dominación de tipo hegemónico en El Salvador, debe anticiparse que ningún arreglo posible será enteramente satisfactorio para ninguna de las partes. Ante las inmensas pérdidas materiales y humanas ocasionadas por la guerra, y dado que prevalecen unas relaciones internacionales políticas y económicas fundamentalmente injustas que empobrecen cada día más a los países pobres, debe anticiparse que toda solución posible a los problemas del país requerirá sacrificio y austeridad. Ante las experiencias traumáticas sufridas por decenas de miles de salvadoreños durante la guerra, y dado que tantos tienen tanto que recriminar, debe anticiparse una convivencia social problemática que requerirá de mucha comprensión, respeto y tolerancia. Suficientes dificultades inevitables como para no evitar las evitables; demasiado grande como para no asumir desde ahora el reto que nos presentan.

Pero la verdad es que durante el tiempo que lleva la guerra, ningún gobierno ha mostrado empeño en propiciar la paz ni en poner las condiciones para que la paz sea duradera. El actual gobierno no sólo no ha hecho lo que debía hacer, sino que positivamente ha empeorado las cosas en todo sentido y ha deseducado a la población

con mayor consistencia que todos los anteriores. No cabe, pues, cifrar muchas esperanzas en la educación formal oficial, ni cabe tampoco esperar, por ejemplo o por control del gobierno, un comportamiento menos pernicioso de los medios de difusión masiva.

Si algún esfuerzo ha de emprenderse en la línea de una re-educación de la población salvadoreña, tendrá que provenir de fuerzas sociales que tengan autoridad intelectual y moral para promover y respaldar iniciativas fuera de los marcos convencionales en que se concibe y realiza el quehacer educativo. Concretamente, la Iglesia católica, algunos gremios profesionales y las universidades que tengan suficiente tradición y potencial universitario. La Cátedra de Realidad Nacional auspiciada por la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" es sólo una de muchas formas posibles de asumir esta responsabilidad. Cuando se habla de romper los marcos convencionales, eso va con las iniciativas en sí, lo cual no excluye que en el curso de su desarrollo tales iniciativas lleguen a permear las estructuras del sistema educativo formal.

Seminarios, grupos de discusión, programas de radio y televisión abiertos al público, reuniones litúrgicas; todos estos son posibles formatos para ir promoviendo una dinámica social de interés para la problemática nacional. La característica común de todos ellos es posibilitar el compromiso activo de los participantes. Esto es fundamental, si de lo que se trata es precisamente de comprender y revalorar las ideas y actitudes propias y ajenas, sabiendo integrar diversas perspectivas y aprendiendo a tolerar respetuosamente las diferencias. Es también fundamental en tanto que el esfuerzo apunta, en última instancia, a la acción social, la cual, además de tener valor en sí misma, es un factor imprescindible en el proceso dialéctico del desarrollo de la conciencia.

La formación de los objetivos anteriores implica que estaríamos fundamentalmente frente a un problema de cambio actitudinal vinculado a un propósito de cambio comportamental. Por razones de espacio no deseo exponer aquí la polémica que existe sobre las formas más efectivas de modificar las actitudes. De todas maneras, la investigación que respalda las distintas posiciones debe tomarse con reserva por lo específico de los contextos socio-culturales donde se han realizado los experimentos. Me parece que una estrategia educativa debiera atacar el problema tocando en la medida de lo posible cada uno de los tres factores o componentes actitudinales: el cognoscitivo, el afectivo y el conductual.



Hay varios problemas que deben ser considerados a la hora de pensar en un esfuerzo educativo como el que se está proponiendo. En primer lugar, los objetivos generales deben especificarse, pero la especificación no puede generalizarse a toda la población atendida. Por las razones que ya se han señalado, debe atenderse a las necesidades particulares de cada grupo. Vinculado a este problema está el del diseño del "programa" en términos de duración, concentración y formato. También en esto deben tenerse en cuenta las características del grupo atendido, pero, en cualquier hipótesis, debe buscarse la mayor continuidad posible, previendo que ciertas actitudes que se quieren modificar estarán seguramente muy arraigadas y seguirán siendo reforzadas por los aparatos dominantes de propaganda.

Un segundo problema es el de la opción por los grupos o sectores que han de ser buscados y atendidos prioritariamente. Presumiblemente son los sectores medios urbanos los que más han estado expuestos a la propaganda deformante y los que menos contacto directo han tenido con las realidades de la guerra, especialmente con el sufrimiento humano. Son esos sectores, además, los que mayor incidencia podrían tener en el corto plazo en ciertas decisiones políticas cruciales para la terminación de la guerra. Dentro de ellos, debiera buscarse el mayor efecto multiplicador posible, lo que sugiere, por ejemplo, el gremio de maestros y los sacerdotes o ministros religiosos como un blanco de primera importancia. Vinculado a este problema está el de la disponibilidad de la gente a participar en las experiencias educativas. El problema de la motivación y de los incentivos no puede soslayarse y debiera discutirse con ellos mismos y con su dirigencia.